

cho se ha insistido en la vocación irreductible de Blanqui y ha perdurado su ve-ta más intransigente, sin embargo, este escrito lo revela como un hombre capaz de apostar por otra vía. En este caso la de cambiar violentamente la perspectiva con la cual ha venido observando y protagonizando la historia que lo incluye. Es una movida osada y casi inexpresable, por eso se queja de la mezquina lengua disponible: "Aquí, entramos de lleno en la oscuridad del lenguaje, porque aquí se abre la cuestión oscura. No se manosea el infinito con la palabra". Esas tinieblas sólo lo hacen más precavido —"¡Oh! Por ejemplo, ¡alto ahí! Es preciso detener las palabras al paso para verificar su contenido"—, pero no le impiden legarnos su "atrevimiento ligeramente fantástico". En su resuelta epistemología pregunta "¿Y por qué no?", cuando carece de pruebas para arriesgar que así como conocemos este sol podemos imaginar varios otros con sus Venus y sus Mercurios. Vanidad de dudar de su existencia sólo porque no se han visto con nuestros magníficos telescopios desde esta minúscula "provincia celeste".

Tal como anuncia el prefacio, otra casilla ineludible de este juego es Nietzsche. El eterno retorno tendría un precedente francés algo alucinado. Numerosas, además, son las metáforas nietzscheanas sobre el firmamento y en sus diatribas contra la vanidad humana nada le es mejor para combatirla que la escala sideral: "¿Por qué un pequeño planeta y una miserable especie animal de ese planeta iban a constituir una excepción en medio de ese espectáculo eterno? Dejemos a un lado estos sentimentalismos" (**Aurora**).

También cuando denuncia la falacia de la verdad es la escena del universo la que se vuelve eficaz para mostrarnos la ingenua suficiencia con que conocemos y creemos: "En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la Historia Universal: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto" (**Sobre verdad y mentira en sentido extramoral**). Nótese las coincidencias con Blanqui, a quien no habría leído, en eso del apartado rincón y en que hubo una vez un astro como cualquier otro. Hasta una mosca, nos provoca, "se siente el centro volante de este mundo". Y ya que me perdí en el placer de la cita, sorprendámonos al recio filósofo en los cándi-

dos versos enviados a su querida Salomé: "Sobre nosotros brilla estrella junto a estrella/ y a nuestro alrededor ruge la eternidad".

Alrededor de la fortaleza que guardaba a Blanqui, el proletariado resistía y ensayaba su Comuna. Indispensable se hace revolver en busca de la crónica caliente de Marx para que nos vuelva a contar que se intentaba cambiar al arzobispo rehén de las barricadas por el viejo líder condenado. París era la muerte y la fiesta; para comprobarlo recórranse nuevamente esas calles que nos describe Marx en uno de sus momentos más utópicos: "Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase". Sin poder ver ni el entusiasmo ni la masacre, el veterano prisionero de todos los regímenes franceses escribe mientras tanto la más hermosa de las hipótesis astrales. Extraña forma de la utopía que, en vez de pergeñar una ciudad ideal, multiplica infinitamente el planeta con todas sus barbaridades. "Que no se proteste en lo más mínimo contra esos globos que caen de la pluma por miles de millones". Porque en alguno de ellos, y nada impide que sea en éste, se tomará un atajo novedoso. "Sólo el capítulo de las bifurcaciones permanece abierto a la esperanza". A punto de perdernos en las obras completas de Borges, volvamos al Blanqui exasperado de "Las instrucciones para una toma de armas" que grita *Ni Dieu ni Maître*. Es junto a esos otros textos que la revolución en su versión astronómica cobra una importancia trascendente: la de elegir millares de veces la ruta de la liberación.

Laura Fernández Cordero
UBA / CeDInCI

A propósito de Sarlo, Beatriz.
La pasión y la excepción.
Buenos Aires, Siglo XXI,
Colección Metamorfosis,
2003.

Un año con nombre de época

La **pasión y la excepción** de Beatriz Sarlo gira alrededor de un año, 1970, y posee

tres ejes narrativos habitados por la excepción: un hecho de la vanguardia política, una mujer política, los textos de un escritor. Montoneros y la operación Aramburu, Evita y su cuerpo, Borges y sus cuentos.

El libro tiene tres partes más una: "Belleza", "Venganza" y "Pasiones", y una suerte de glosario de términos y categorías utilizadas a lo largo del trabajo, "Hipotextos". No está de más ponderar, aunque conocida, la solvencia y la destreza de Beatriz Sarlo, ensayista, crítica y docente de larga trayectoria, que no necesitaba de esta obra para validar su extraordinaria labor en el pensamiento contemporáneo argentino. Sin embargo, da la impresión de que Sarlo pone aquí algo más en juego, y cuando se dice en juego hablamos de jugarse.

Los tres ejes aparecen separados y entrelazados a la vez y, aunque una primera mirada desconfíe de la espesura argumental de una ligazón entre Evita y Borges por un lado y Montoneros por otro, con el correr de las páginas se termina descubriendo que la justificación de Montoneros en la tríada es, en verdad, realmente fuerte. Para decirlo de otro modo: el núcleo de este libro es la narración de la historia de la irrupción de Montoneros en la vida política (en sentido amplio, puesto que incluye la "violencia política"), la cual se realiza de modo descarnado, hipercrítico, sin eufemismos. Sarlo emprende la crítica más radical de la organización guerrillera más compleja de la Argentina contemporánea. Arriesguemos: Sarlo escribe su **Facundo** y, aunque no lo escriba con las mismas palabras, dice: *sombra terrible de Montoneros vengo a evocarte*, y todo lo demás.

La primera parte es la Evita de Sarlo. Hubo varias Evitas: la de Walsh, el musical inglés, la de Copi, la de Perlongher, la de Tomás Eloy Martínez, la de Feinmann. Antes que un "No flores por mi Argentina" hubo un **La razón de mi vida**, hubo "mis grasitas", "mis queridos descamisados", hubo un amor descomunal por los pobres de esta patria. Sarlo hace con Evita lo que podría esperarse de su talla, y tal vez sea, en términos que van de la literatura a la sociología de la moda y de la filosofía política a la biografía, lo mejor del libro. La Evita de Sarlo es una Evita examinada con la lupa de alguien que parece haber esperado una vida entera para escribirla. Una Evita que se cruza con una Sarlo preparada, lista. La Evita de Sarlo termina cuando el cuerpo político de la heroína del justicialismo, en

una reelaboración de la idea de los dos cuerpos del rey de Kantorowicz, pasa a la inmortalidad, es decir muere físicamente y no es reencarnado por otra mujer, como podría ser con el cuerpo político de una reina, sino que muere y queda suspendida. No hay reemplazo. Embalsamada, sobreviviendo como cadáver venerado primero y convaleciente como cadáver profanado luego, Evita reingresa en la historia de la mano de quienes se arrojan su venganza: los Montoneros. Pero antes de llegar a la venganza, Sarlo nos ofrece una exégesis de la venganza en Borges, lo que quiere decir la venganza en la literatura argentina. Para Borges, las pasiones argentinas habían muerto en el siglo XIX salvo excepciones marginales, de suburbio, porque nada ya, en la vida moderna, podía ser tan trágico ni tan grave para concitar la violencia como método. La violencia de las pasiones estaba instalada en la segunda línea de las guerras civiles y no en Palermo ni Barrio Norte, lugares por los que el viejo escritor se pasearía en alguna tarde otoñal. La violencia en el presente era molestia, incomodidad. No es que Sarlo les tire con Borges a los Montoneros, sino que en un reconocimiento personal, la ensayista expresa la centralidad que tuvo para ella la coincidencia en el tiempo de las tres vertientes de este libro. “En 1970, yo no sabía que iba a seguir preguntándome por Borges y que no iba a encontrar nunca una respuesta que me convenciera del todo. En 1970, para mí Borges todavía era un irritante objeto de amor-odio”, señala Sarlo en el prólogo. En agosto de ese año, la revista **Los Libros** le dedica la tapa de su número, a la vez que anuncia el próximo lanzamiento por Emecé de **El informe de Brodie**. Borges sigue escribiendo sobre la venganza del siglo XIX, pero lo hace desde el XX: “Borges ya comenzaba a ser la cifra de la literatura argentina que fue durante las tres décadas siguientes”, dice Sarlo. Dos meses antes, el 29 de mayo, los Montoneros habían secuestrado a Aramburu. Refiriéndose a Evita, Sarlo escribe: “El secuestro de su cadáver toca la sustancia material y simbólica del mito peronista. Cuando los Montoneros reclaman ese cuerpo, en 1970, entienden que sus actos responden a ese sustrato imaginario del peronismo. Llegan desde afuera con la aspiración de colocarse en el centro mismo del movimiento. Al tocar a Aramburu para llegar a Eva, tocan ellos también una cifra”. También *Montoneros* es una palabra del siglo XIX. El secuestro de Aramburu le habría im-

puesto una bisagra al relato político nacional. Hasta 1970, el peronismo se debatía entre el complejo entramado de delegados de Perón, la trama sindical crecida durante la proscripción daba signos de agotamiento y aparecía ante el conjunto demasiado ligada a los acuerdos corporativos. Por otra parte, los efectos de la nueva izquierda, que irrigaba tanto sobre amplios sectores del sindicalismo a nivel nacional y provincial, como sobre la juventud, la universidad, la Iglesia, tenían su impacto en un medio cuya dirección de mano única parecía la radicalización política y social. Dos años antes se había formado la CGT de los Argentinos, exactamente un año atrás se producía el Cordobazo, y la fecha del 29 de mayo elegida para la Operación Aramburu tenía como objeto jugar, a modo de celebración, una carta decisiva en la historia política argentina. Sarlo separa el magnicidio de Aramburu de la serie de asesinatos de líderes sindicales y políticos. En 1969, cuando aún no se había presentado en sociedad Montoneros, caía Augusto Timoteo Vandor, pero sólo años después la organización se adjudicaba la autoría. En cambio, no hubo dudas sobre los asesinatos de José Alonso y José Ignacio Rucci. Pero la Operación Aramburu es un acto profundo que golpea tanto sobre el peronismo como sobre las Fuerzas Armadas y la política. Es un desafío a la historia, y es su reordenamiento. Este es uno de los argumentos centrales de Sarlo, quien al principio del libro confiesa: “Festejé el asesinato de Aramburu. Más de treinta años después la frase me parece evidente (muchos lo festejaron) pero tengo que forzar la memoria para entenderla de verdad. Ni siquiera estoy segura de que ese esfuerzo, hecho muchas veces durante estos años, haya logrado capturar del todo el sentimiento moral y la idea política (...) Quiero entenderla, porque esa que yo era no fue muy diferente de otras y otros; probablemente tampoco hubiera parecido una extranjera en el grupo que había secuestrado, juzgado y ejecutado a Aramburu. Aunque mi camino político iba a alejarme del peronismo, en ese año 1970 admiré y aprobé lo que se había hecho”.

En el primer tomo de **La voluntad**, Nicolás Casullo recuerda las repercusiones inmediatas del hecho²⁷. Relata el comentario de Daniel Hopen, organizador por entonces del Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), del PRT. “La ejecución de Aramburu se asemeja al

modelo de operativo anarquista —había dicho Hopen—, históricamente anarquista. Digo, en la medida en que los montoneros no piensan en la correlación de fuerzas, en su propia envergadura como organización revolucionaria. Piensan un acontecimiento extremo, un atentado conmocionante, algo que haga saltar todas las referencias del momento. Buscan un cadáver altamente significativo de las fuerzas enemigas. Algo que catapulte a la historia a otra circunstancia. El cadáver de Aramburu abre una brecha nueva, y sobre esa brecha comienza ahora a pasar la historia. Sobre ese muerto se reconfiguran las cosas, más allá de las consecuencias directas e inmediatas sobre la propia organización. Es el viejo y clásico modelo anarquista de principios de siglo, cuando se dedicaban a matar reyes”. Hopen criticaba la espectacularidad y la desproporción del acto, en relación con las posibilidades de la guerrilla en la Argentina. Como si el hecho abriera un tajo en la realidad demasiado grande para las fuerzas con que se contaban.

Sarlo pareciera retomar esta reflexión, pero dándole una dimensión literaria y política, al entreverar tres mitos contemporáneos. En alguna instancia, hasta podría pensarse que el único personaje moderno de esta historia es Evita. Tal vez, Montoneros fue una organización del siglo XIX narrada por Borges, pero que actúa en 1970, cuando las pasiones hacía rato que debían haberse extinguido. Y no lo hicieron.

Gabriel D. Lerman
UBA / CeDInCI

*A propósito de Tulio Halperin Donghi, **La República imposible (1930-1945)**, Buenos Aires, Ariel, 2004.*

La República imposible (1930-1945) es el título del tomo quinto de la *Biblioteca del Pensamiento Argentino*, colección editada por Ariel y empresa que ha supuesto un esfuerzo amplio por repensar la historia argentina a través de la presentación, comentario, interpretación y publicación de una cuantiosa cantidad de documentos escogidos por los autores encargados de cada uno de los volúmenes.